

Francisca Álvarez

LA ÚLTIMA BOCA

ALTO POGO ediciones
EL 8vo. LOCO Ediciones
milena caserola

Coordinación general del proyecto
Ana Ojeda / Nicolás Correa /
Marcos Almada / Agustín Montenegro
exposiciondelaactual@gmail.com

Curador del volumen:
Ana Ojeda

Coordinación gráfica
Laura Ojeda Bär
laura.ojeda.bar@gmail.com
cargocollective.com/laura-o

Producción
Matías Reck
losreck@hotmail.com

 exposiciondelaactual

www.exposiciondelaac-tual.blogspot.com

ÍNDICE

DÍA SIETE
DESPEDIRSE DE LOS OTROS

La cabra se está quedando seca. Tuve que agregarle agua a la jarra. La nevada de ayer impide a Patricio usar zapatos durante el desayuno. Nueve horas de sueño no bastaron para secarlos: encontré un pedazo de hielo adherido a la plantilla. Debo recordarle lo perjudicial de su proceder. Esto será perdonado si se comporta con normalidad. Hoy es su último día en la escuela.

Ha practicado una despedida silenciosa a veinte pasos del edificio con los ojos cerrados, concentrado en su dimisión sagrada. La llevará a cabo a la salida.

Es un niño despierto. Su inteligencia casi virgen apenas arrastra un lastre de torpeza y una tendencia a la redundancia que adjudico a la edad, pero comprende la profundidad de lo que se avecina. Cuando el mando cayó sobre mí de manera definitiva, le pareció natural obedecerme. Cumple lo designado con disciplina. Un carácter sumamente aceptable para un discípulo. No obstante, noto que sus preguntas son cada vez más insidiosas. Cuando me llama e inclina un poco la cabeza, sé que expulsará un interrogante de respuesta espinosa que me dejará pensando las próximas horas. Debo cuidarme de no mostrar confusión.

Hay que afeitar a la cabra.

–Si una casa no tiene vidrios ni aire en su interior esa casa no existe.

–Es así, Patricio, muy bien. Decí otra.

–Quien come con educación respira

por la nariz, porque cierra la boca para masticar.

–Es indudable. Una más.

–A cada número le sigue uno peor.

–Basta por hoy. Excelente práctica.

Es importante establecer lo real para diferenciarlo de lo demás, la única manera de lograrlo es la práctica diaria de la lógica. Patricio ha mejorado notablemente, llegó a decir sesenta y nueve evidencias de corrido. Puede resultar agotador escucharlo, pero no debe perder la destreza: reduje el ejercicio a dos minutos para no agobiarme. Se considera un experto en el tema y es muy difícil convencerlo de no presumir ante mamá. La vanidad debe ser lo primero en esfumarse.

–Te busco a la salida. Esperame.

La canasta que cargo comienza a incomodarme. La casa de la alemana no está muy alejada de la escuela. Tengo

las botas mojadas y pronto la humedad atravesará el cuero. Mis pies crecieron tanto que ya no me queda otro calzado. Con Patricio me concentro en su adiestramiento, pero apenas estoy sola noto las menudencias que me aquejan. Me deleita cuán compenetrada puedo estar en el cumplimiento de la Tarea. Postergo mis padecimientos al deber, y cuando reaparecen tienen un sabor dulce, estimulante.

Doy pasos cada vez más grandes. Entro en la finca del viejo. Me deja pasar en las madrugadas invernales cuando los caminos están tapados. La gente suele despejarlos a media mañana. Dice que me da permiso porque teme que de tan esmirriada y pálida desaparezca sin remedio en la nieve. Cruzo en diagonal y salto la cerca. Al caer del otro lado siento el congelamiento definitivo de mis pies. Paso la canasta. La

casa de la alemana se ve desde lejos, es rosa. Golpeo la chapa hasta que la veo aparecer embutida en una campera. Le entrego la canasta. Sin hacerme pasar cuenta los huevos que contiene. Catorce. Se demora en la suciedad de mis zapatos, me alcanza los guantes y la pala.

El sendero está cubierto hasta mi rodilla. Miro la impoluta superficie helada, siento deseos de acabar con esa perfección, de aplastarla, y escribir en ella una frase demoledora que quiebre el espíritu del que la lea: El Ascenso Será Comunión. Eso provocaría vértigos, haría pensar, y profetizaría, que es lo más valioso. Los profetas desde el comienzo de los tiempos fueron desdeñados por las masas, pero escuchados por alguien que, dejando escrúpulos a un lado, escribió sus palabras más lúcidas. Así perduran en la Historia, como

pensadores ilustres ocultos en la telaraña humana, predestinados a advertir a los sordos con la ilusión de que alguno despierte de su sopor, o al menos lo suficiente como para dejar constancia de la advertencia y sellarla para la posteridad. El profeta confía en la posteridad. Comete la peor de las faltas, el autoengaño. ¿El profeta es imbécil?

Golpeo la chapa.

–¿Ya terminaste?, tomá –me alcanza la canasta, en su interior hay jabón blanco, dos papas gordas, arroz, vinagre, pan, y diarios viejos–. ¿Tu mamá cómo está?

–Sigue igual, ¿fósforos tiene?

–¿Qué hacés con los fósforos que no te duran nada? –me alcanza una cajita, por el peso parece medio vacía. Devuelvo la pala.

–Gracias. A partir de mañana no vengo más.

–¿Qué, conseguiste otra cosa?

–Hasta luego.

Me alejo por donde vine. El cielo nublado sobre la nieve produce una luz blanca que trastorna. No puedo precisar la hora. Paso, paso, paso. Atravieso el alambrado. La casa del viejo me mira, cercana. Me desvío hacia la puerta. Sobre una silla en la entrada, veo un bulto informe descansando. Subo los escalones, y lo sacudo cuidando que las frazadas no caigan al suelo mojado.

–Hola.

–Hola, nena.

Su voz grave retumba en el páramo. Entre las mantas, un destello acuoso y negro me devuelve la mirada. Todo su cuerpo parece macizo, inamovible. Pregunto la hora y saca una mano áspera que agita para comprobar que de ella cuelga un reloj. La sostiene frente

a sus ojos unos segundos en un intento de enfocar la vista.

–Las nueve veintiséis, querida.

–Gracias. Vine a despedirme.

Se estira y aferra del suelo una petaca de metal repujado. Las tablas podridas de la silla se doblan por el cambio de peso. Se la lleva a los labios y gruñe, está vacía.

–Sólo espero que el frío me calme un poco los nervios. En estos últimos días, andan caminando por mi piel.

–No desista.

–Traeme el jarabe de la repisa.

La puerta está trabada, supongo que la humedad hinchó la madera. Empujo más fuerte, el viejo me mira, adivino una sonrisa de reptil. Me paro en seco y extiendo la mano. Entre carcajadas me da la llave. Su bigote mal afeitado siempre está un poco húmedo cuando ríe. Ocurrencias de borracho cerrar con

llave estando en la entrada. La corriente de aire arrastra la capa de polvo de la habitación. Está en penumbras, con cautela doy unos pasos en dirección a una repisa llena de libros, entre ellos hay un frasquito del tamaño de mi puño. No tiene palabras ni dibujos. Me apresuro a salir. El viejo me lo saca de las manos y lo abre de un tirón. Lo huele.

–Esto es una exquisitez, nena –una abertura se ensancha en su rostro curtido. Bebe–. Probá un poquito.

Mojo los labios en el jarabe, arde. Trago, y el calor se expande por mi torso. Me muerdo la lengua para no toser. El sabor metálico de la sangre calma un poco el ardor. Devuelvo el frasco.

–Está muy bien.

–¿En serio? –el viejo vuelve a reír, se acumulan gotitas de saliva encima de su labio superior, dándole un aspecto

perlado, dan ganas de limpiarlo con la manga del abrigo– Tengo algo para vos.

–Lo escucho.

–Camina sobre el agua.

–Mmm.

–Asusta a los niños bobos.

–Ajá.

–Vamos, que es fácil. Puede verte bien.

–Otra.

–No, adiviná –el viejo se ríe bajito, meciéndose entre sus mantas.

–La araña.

–No, no. Pensá más allá.

–Me voy.

Me alejo dando zancadas antes de que diga la respuesta.

–Chau, querida, ya nos veremos –se queda farfullando algo sobre la puerta abierta.

El viejo siempre molestando. Era la

araña. Quizás no debería haber ido. Una saludo desde lejos, y evitaba una situación indigna. Si exijo rectitud de carácter al discípulo debo cumplir yo también. Las despedidas ambiguas no son recomendables, podría incluso creerse que continuaré yendo a escuchar su comedia senil. El viejo debería saberlo, no soportaré la conversación. Él era una excepción sexagenaria que fue correcto cercenar. Si lloro no es por él, es por mi ineptitud. Debería volver, a esclarecer la situación. Aunque volver sólo confundiría más. Quizás gritar algo antes de que me haya alejado demasiado. Mi garganta se debate entre la expulsión de un bramido y palabras.

–¡Última!

Se escucha una risa distante. Ese grito no aclaró nada.

Como es lunes camino hasta lo de

Delicia. Aguantaré en su sala de putrefacción por última vez. Golpeo.

–Adelante.

Aire caliente con gusto a amoníaco y otras sustancias trepan hasta mi nariz. Contengo la respiración, asqueada. Piso una superficie floja y por un instante temo hundirme en ella hasta desaparecer. Un colchón de pelo de dos centímetros de grosor cubre todo el suelo. Está húmedo. Imagino a las clientas dando dos pasos en la habitación, desprendiéndose de sus tapados cubiertos de nieve y dejándolos gotear en el perchero entre cabellos muertos. Agarro el escobillón. El empleo depende de la cantidad de asistentes y la pereza de Delicia para asear: casi todos los lunes trabajo. Al barrer, los cabellos se adhieren a mis zapatos, a mi ropa y a mis manos. Patricio podría trenzarlos para for-

mar guirnaldas o sogas, es muy hábil. Froto una palma contra la otra hasta que se desprenden y caen. Repaso los rincones. Limpio las cerdas. Golpeo la puerta del fondo.

–¿Terminaste? Bien, ahora quietecita hasta que lleguen los clientes. Ayer hablé con la enfermera de tu mamá y pide que la visiten, ¿qué pasa que no están yendo? ¿No tenés para el micro?

–No.

Me alcanza un billete: sus dedos están azules. Pide juramento y acepto, mañana iremos.

–Hacete un té, yo voy para atrás.

Pongo la pava en el fuego. Le llevo una copita de oporto a Delicia que se está cambiando.

–Gracias, Marla. A medida que llegan hacelos pasar. Acordate de sonarlo cada quince –me alcanza el silbato.

Ya hirvió, preparo el té con un saqui-

to usado, marrón. Con la infusión entre mis manos me siento junto a la estufa y miro una revista. "Esta semana: La fascinante producción sonora Imaginaria presenta: EL ÁNGEL PECADOR por N. Paglia y H. J. Lóbulo." Tocan a la puerta, el señor director siempre llega primero, sufre contracturas severas. Soplo el silbato.

–Hola, Marla, ¿cómo estás hoy?

–Ella está lista, señor director.

Camina resuelto hacia el fondo. Tomo un sorbo de té, veo un pelo pegado a la porcelana de la taza, contengo una arcada. Tragar un pelo puede ser algo muy incómodo, como tener un globo desinflado atorado en el pescuezo, imposibilitada de ingerirlo o expulsarlo. "Esencia aromatizante Doncella, sabor y fragancia a fruta madura". Faltan meses para que llegue la fruta fresca del verano. Me corrijo: ya pasó

la última temporada de fruta. Entra el hombre de saco verde, llegó antes.

–Tome asiento.

–¿Está ocupada?

–Está atendiendo. Espere siete minutos.

–¿Y tu madre, sigue de vacaciones? –me guiña un ojo cubierto de legañas–. Decile que se la extraña.

Ríe su propio chiste y se atraganta. Tose. Voy a la cocina, tiro el té por el desagüe. Cuento hasta cien dos veces. Vuelvo. Toco el silbato. Al minuto aparece el director.

–Me voy Marla, que tengo que volver a la escuela.

Nadie lo retiene. Se va. Hago sonar el silbato dos veces. El hombre de saco verde se apresura hacia el fondo. Resulta difícil imaginar a ese hombre con el torso desnudo, parece tener el saco cosido a la carne. A Delicia le

debe costar horrores desabrochar un botón: hundir la mano en los pliegues, encontrarlo, y luego tirar hasta sacarle sus ataduras de carne y lana. Son seis botones, Delicia dura quince minutos: por lo menos la mitad del tiempo debe írseles en rastrear botones.

Escucho golpes en la puerta. Será el encorvado. Es evidente que necesita que le amasen esa espalda hecha de nudos. Lo hago pasar y se sienta. Nunca me dirige la palabra. Quizás una roca en su cuello le impide hablar. La revista sigue sobre la mesa, "¿Vacaciones? Un cielo azul, sin nubes, inmenso". El hombre se encorva un poco más sobre sí mismo, encogiendo las rodillas, cierra los ojos, babea: duerme. Siento una fascinación gélida y negra por esa boca entreabierta que deja caer gotas rítmicamente, humedeciendo su campera y su cuello.

Huele a fétido. Todo en ellos es rancio, rancio desde todos los ángulos. Me es imposible seguir teniendo aunque sea la más mínima relación con ellos. Para mí están muertos, así como yo para ellos: la peluquería es un depósito desbordante de cadáveres.

Miro el reloj y toco el silbato, pasaron cuatro minutos más de la cuenta. El hombre del saco verde corre hacia la puerta y se va. Delicia se asoma y me grita:

–¡Marla, se te pasó la hora! ¡De nuevo! –está con el pequeñísimo vestido arrugado y algunos mechones de pelo fuera de su peinado, apuntando hacia arriba, como si hubieran querido arrancarlos de raíz.

–Me distraje –voy a la cocina y le sirvo otra copa de oporto. La bebe de una vez–. Patricio espera en la escuela. Me voy.

–No hiciste bien tu trabajo; no voy a pagarte.

–El precio será mucho más alto el Día Final.

–¡Qué cosas decís, chiquita!

–Ese día no habrá lugar para las ratas.

La bombita de luz amarilla proyecta su silueta sobre la pared con manchas de humedad. En el punto exacto donde está la cabeza de su sombra, las manchas forman un rostro de dientes puntiagudos. Hago sonar el silbato tres veces y lo dejo a sus pies. El encorvado se levanta de un salto. Recuerdo otra vez al forastero. Ese que entró a recortarse le bigote. El olor insoportable y el constante tránsito de personas dentro del local lo hicieron sospechar. Se fue con el bigote a medio cortar, diciendo alto y claro que el demonio las arrastraría hasta su morada.

Afuera nieva. Felicidad momentánea.

Noche

Entre los papeles encuentro: "Genética, Citología y Salud". Está marcado en el capítulo sexto, apartado saprotrofia. Como atraída por el título cae una polilla sobre la hoja. Agita su cuerpo alar coordinando espasmos con vibraciones de las fibras. La turgencia flácci-da de su cola se agiganta un instante. Esparce desprendimientos grises que manchan la tabla de trabajo. Cargo la pluma y la balanceo hasta que un temblor hace que caiga una gota de tinta. Atraviesa la primera pared afelpada, los espasmos se hacen más espaciados. Al llegar a la masa entrañal propiamente dicha, el protocerebro del insecto percibe la última imagen antes de paralizarse: la aguja de disección acercándose.

DÍA SEIS
DESPEDIRSE DE LA MADRE

Llevo la cabra al establo, le doy un fardo de pasto y la observo comer. Las costillas se mueven al compás de sus mandíbulas. Con la pala corta junto el estiércol y lo cargo en la carretilla que está cada vez más pesada.

Al ingresar compruebo que el horno esté encendido: la habitación debe mantenerse lo suficientemente caldeada durante la noche como para notar, por contraste, el frío en los músculos cuando uno viene de fuera. Despierto a Patricio antes de que salga el sol. Se revuelve entre las frazadas, pregun-

ta si durmió con los zapatos puestos. Bosteza. Lo dejo vistiéndose. Apago la hornalla y preparo un termo de té. Lo pongo en la bolsa de mimbre junto con el pan y los tres últimos huevos. La gallina murió de frío, y la comimos en puchero.

Patricio entra arrastrando los pies, agarra un pedazo de pan, mastica. Le alcanzo el té, bebo el mío de un tirón y pido que se apure. Me mira entrecerrando sus ojos soñolientos.

–¿Vamos a ver a mamá?

–A despedirnos.

Subo el cierre de su abrigo y abro la puerta. Caminamos. Patricio encuentra una rama de la misma altura que él y la arrastra marcando una línea en la nieve. Al cruzar la ruta la rama no deja huella. Vemos la estación de servicio, enseguida diviso el camión de Jorge: la caja tiene tres maderas pintadas co-

lor verde fluorescente. Una oveja mugrienta se asoma y muerde una. Jorge nos ve y hace una seña para que nos apuremos.

–¿Nos lleva?

–Suban, ¿van al hospital? –Jorge escupe por la ventanilla y enciende el motor. Patricio escupe, deja un hilo de saliva colgando de su abrigo.

Me siento entre ambos, aprieto con las rodillas la bolsa de mimbre. Dentro del camión hace un frío inmóvil mezclado con olor a combustible y suciedad, pero no a alcohol: Jorge es el único camionero sobrio, tiene una úlcera en el hígado. El niño mira por la ventanilla. Pasan los árboles ahogados en la nieve, grises. Tomamos una curva, noto como las ovejas se desplazan hacia la izquierda, el camión se inclina un tanto. Balidos. Hoy conté siete ovejas, dos de ellas acostadas contra las

estacas: no todas sobreviven al invierno. Patricio estampa su cara contra el vidrio, ya se ve el pueblo.

–Tengo una carretilla de estiércol, ¿le interesa?

Jorge gruñe, esquivo.

–La cabra necesita más pasto. –insisto.

–Por una carretilla podría darte sólo dos fardos. Paso mañana.

El hospital está de espaldas a la ruta, alejado del centro. Es una estructura ajada y rectangular, con ventanas pequeñas que no se pueden abrir por miedo a que una ráfaga de aire provoque la muerte súbita de algún interno. Jorge nos deja en la puerta.

Subo a paso firme las escaleras de hormigón cubiertas por una corteza helada. Patricio se queda atrás, saltando los escalones de dos en dos. Una mujer parada en el umbral me sigue con la

vista, su mejilla y el contorno de su ojo derecho son de color rojo oscuro. Un viejo harapiento que exhala nubes de humo está inclinado sobre una mesa llena de papeles rosas y amarillos, bajo la vista: a sus botas se les despegó la suela. Los saltos de Patricio resuenan a mis espaldas. Sigo subiendo.

Veo fugazmente unas sillas de plástico sosteniendo a tres mujeres que sufren de vientre inflamado. Más escalera, una anciana se las apaña para trepar en cuatro patas, dificultándome el paso. La esquivo sonriendo: me encanta ver a Patricio superar obstáculos, lo escucho todavía distante. La mujer se arquea, gusanamente, sin mirarme. Tiene la mirada perdida en las coyunturas de los peldaños. Continúo hacia arriba.

Me paro frente a la habitación 237. Patricio se demora. Asoma la silueta

perturbadora de la enfermera, me habrá oído llegar. Una papada grasienta ensucia el cuello blanco de su delantal.

–Hace rato que no aparecés –siempre señalando lo obvio–. ¿Qué tenés?

Le extiendo la bolsa, mira en su interior contorsionando su cara hinchada.

–Se nota que la querés matar de hambre. Con esto no come ni un día, nena.

–El suero es alimento, se digiere sin los dientes.

–Lo que pasa es que ella ya puede masticar. Tenés que venir más seguido.

–Venimos a despedirnos.

–Pero si tu mamá está mejor, ¡qué pavada estás diciendo! ¿o se van de vacaciones?

Patricio llega corriendo, colorado como si hubiera hecho una acrobacia de mérito. La enfermera lanza una carcajada, fricciona su mano floja contra la cabeza de él y se mueve apenas a la

derecha, obligándonos a pasar apretados por su cuerpo gomoso. Mi lengua registra transpiración y medicamentos, antes de que Patricio me empuje. Recupero el equilibrio cuando mi codo se clava en lo profundo de la maceta que hace las veces de cenicero, me sacudo los residuos. La habitación, debido a la tendencia de los internos al sueño, se encuentra a toda hora en penumbras. El colchón más próximo está vacío, algunos cabellos negros se enredan entre las sábanas revueltas, la mujer que duerme ahí, está fumando contra la ventana del fondo que, aunque cerrada, deja entrar una claridad licuada, parcial. Frente a esta hay dos camas ocupadas por bultos de respiración lenta. Patricio se acerca a uno que supura una pulpa amarilla de un oído y hunde su dedo en la pasta. El bulto se vuelve convulsivo unos momentos, luego se calma. Patricio limpia

su dedo en el acolchado, al girar patea un salamandra pequeña que larga una nube de humo.

La mujer de la ventana hace chocar sus uñas contra el cristal. Nos detenemos en la última cama, dándole la espalda: nuestra madre espera sentada en su colchón con los dientes apretados por el esfuerzo y los ojos abiertos que resaltan, impacientes, sobre su piel traslúcida. A medio metro de distancia no puede tocarnos, su mirada nos devora. Nos mantenemos inmóviles, aunque Patricio pestañea más de lo necesario. Ella comienza a deslizarse hacia abajo, incapaz de mantener la postura más tiempo. Se dobla hacia delante y la cánula se obstruye. El ventilador traquetea y mamá me hace gestos incomprensibles. La mujer de la ventana golpea el ventilador, desenreda el tubo y vuelve a su lugar. Al rato,

la enfermera regresa con el termo vacío y una taza de té que le da a Patricio.

–Siempre vestidita igual la mamá, ¿no, mi amor? Es que tu hermana no le trae el recambio. ¿Sabés qué tengo que hacer para lavarle la ropa?, taparla con papel de diario. Y hasta que no se seca, la mamá pasa frío. Es terrible que una hija no se comporte como tal –para dar énfasis a sus palabras golpea la palma contra el pie desnudo de nuestra madre.

Mi hermano sin dejar de pestañear apoya el té en el piso, a los pies de la enfermera que se va. Entonces, saco mi reflexión, la extiendo. Me aclaro la garganta. Patricio duda.

–¿Qué es eso?

–Son nuestras palabras finales a la madre. Vení acá cerquita y escuchá. Madre, cuando la oscuridad helada y que no es mía o de Patricio nos cubre la coronilla, la comprensión me ilumina:

es hora de cortar los tendones gangrenados. Si bien el deseo no es de ajusticiar a los muertos te atribuyo los títulos de bienhechora del dolor, de madre impúdica y de hiena. La nieve no es amiga de los calvos ni de las botellas ni de los cuerpos. Y la cabra incluso sabe dónde debe recostarse para mantener circulando su sangre. Si uno no ignora, y aun así, se arranca con desparpajo las ropas de la virtud, es forzado que, y hasta los homicidas con cierta lógica lo afirmarán, no pasará los veinte años de desproporciones. Por eso, y para que las espinas de la mansedumbre no se hundan más en carne de becerro, te decimos adiós.

–No entendí. ¿Qué le hizo la hiena a mamá?

–Vos no sabés porque estabas dormido, pero antes de enfermarse mamá se hizo hiena con los hombres.

–Ah, ¿pero se va a curar?

–No sabemos, la bilis de animal puede corroer las tripas, los niños deben mantener distancia.

Un bicho de la luz emerge de entre los cabellos de nuestra madre. Zumba.

Noche

Retorcijones hostigan al estómago del niño. Se retuerce en la cama destapándose sin despertar. Hago a un lado los apuntes, pongo su cabeza sobre mi regazo y lo acuno. Pugna por zafarse del sueño y la fatiga enreda sus pies en las sábanas sueltas. Abre los ojos vidriosos de quimera, no me reconoce: no ha despertado. Me quedo acariciando sus cabellos hasta que el impenetrable arrullo del pampero vuelve a sosegarlo.

DÍA CINCO
DESPRENDERSE DE LO AJENO

Despierto sobresaltada por un rasqueteo. Que no sean los cuises. Tres años atrás afrontamos una invasión de las graves. Sus chillidos al ser atrapados llenaron el pueblo de una inusitada vitalidad. Los gritos humanos provocados por la epidemia de fiebre de los conejos que la acompañó, crearon una atmósfera de infierno prematuro. No estamos preparados para otra de esas: ni trampas grandes, ni pequeñas, ni venenos, ni fosas comunes. Y no es el momento de salir a pedir favores, las plagas nunca lo son. Además tanta vida no haría otra cosa que desordenar.

Abrazada por pensamientos previos a la calamidad, me aproximo a la pieza de la que fuera nuestra madre, punto-origen de rasqueteo y desvelo. Mis manos se clavan en el marco de la puerta. De haber cuises impediré su huida. Encorvada para no espantarlos, doy un paso dentro de la habitación. Veo la sombra del cuis más grande del mundo, avanzo. Sus pezuñas rascan el suelo. Mastica golosamente una tela floreada que reconozco. Es la cabra. Siempre está un paso adelante de nosotros, masticando suavecito ropas ajenas.

A una distancia prudente, Patricio me observa acariciar la cabeza cabría. Le señalo sus pies descalzos. Examina el piso a su alrededor, terreno fértil para minúsculos detonantes: astillas, vidrios, semillas y clavos. No distingue peligros cercanos, corre a calzarse.

–Patricio, ¿cómo se enciende una hoguera?

–Con los zapatos puestos.

–Muy bien, ¿con qué ciencia se relaciona?

–Con la geometría.

–Ajá, ¿por qué?

–Círculos concéntricos en un lago de fuego, puede haber lanzas o muñecas, pero siempre hay un círculo.

–Admirable. Traé la leña.

Salgo, arrastrando la pala, mis puños están protegidos por los guantes prestados. Dibujo un círculo en la nieve en el que entrarían quince niñas de pie. Me sitúo en el centro y paleo hacia fuera. Patricio va trayendo ramas del establo. Despejo una luna en cuarto menguante y la hago crecer hasta que queda redonda y llena. Agotada, me siento y cierro los ojos. Imagino quince niñas quebradas, caídas del techo. Veo

carne, dientes esparcidos como si las mandíbulas hubieran sido lo primero en golpear el suelo. Abro los ojos. Patricio me sacude, dice que dormitaba.

–¿Las piedras?

Armamos un borde duro que acorrala y protege las llamas. Las ramas en el medio, y los fósforos que encienden. La cabra bala, inquieta.

–Que crezca, Patricio, tirale bollitos de papel de diario. Ahora busco las cosas.

–¿Vestidos solamente?

–Vestidos y zapatos: toda la ropa de mamá, maquillaje, tabaco, sábanas, y cortinas.

–¿También la manta gruesa?

–La manta gruesa no. Nos quedan cinco noches.

–Y hace frío.

–Sí.

Son tres bolsas de inmundicias de

ella, inflamables. Pesan bastante. Llevo de a una. Me acuclillo junto al niño, un fuego respetable calienta nuestras frentes, rodillas y manos. Agarro el primer objeto: unas polainas rosas. Desde donde estoy, las arrojo a las llamas. Chispas sintéticas nos saltan a la cara, cientos de hombrecitos naranjas y amarillos tiran de la prenda hacia arriba, se la llevan a la boca y la destripan hasta hacerla desaparecer. Le alcanzo a Patricio una bolsa. Introduce la mano que se agita nerviosamente. Saca una petaca de cuero, me mira y asiento. Procede de manera eficaz, se levanta una llamarada más alta que la casa: quedaba algo de aguardiente en el fondo. Nos alejamos unos metros y continuamos, el costurero vacío, una pulsera gris, dos ramos de flores artificiales. El entusiasmo se hace latente y comenzamos a rematar cada lanza-

miento con un grito corto y seco, de tenista. Un almohadón con encajes, un espejo roto, la biblia de su mesita de luz, un tapado marrón deslucido, cigarrillos, la caja de acuarelas, su cepillo, una crema de cara, el abridor de cartas y el de vino, un mantel de flores, una caja de aspirinas verdes y blancas. Doy vuelta una bolsa ya aligerada, y cae una fotografía: Patricio, serio, mirando de cerca a la cámara, ella y yo, un paso más atrás sosteniendo sus hombros. Creo que estaba destinada a una postal que no se envió. Patricio lagrimea, el humo le irrita los ojos.

–¿Ésta?

–Era de ella.

–¿Podemos guardarla?

–No. Si guardamos algo, aunque sea una cosa chiquita quedaremos impregnados de recuerdo, ¿y qué es lo peor del recuerdo?

–La pena.

–¿A qué lleva la pena?

–Al desasosiego, a la fascinación por todo lo vivo y, finalmente, a la dimisión.

–¿Cómo es la dimisión?

–Inaceptable.

–¿Qué indica?

–Expectativa de posteridad.

–Prodigioso, Patricio, muy perspicaz. Ahora, tirala a la hoguera.

Coloca la fotografía sobre una sábana gastada. Con una rama gruesa la va empujando hacia el calor dibujando un camino sobre la nieve dormida, como una víbora. Me pierdo en sus ondulaciones. Una ráfaga de viento levanta la fotografía y la hace regresar. Para dar el ejemplo, tiro con escarnio unos zapatos de taco. Me sorprende un chillido desorbitante. Busco a mi alrededor: una figura voluminosa se

recorta contra el fuego. Pareciera chillar y saltar de quemada, supongo que está detrás, pero viéndola así, a trasluz, no puedo estar segura; como cuando el dolor está tan cerca que no se sabe con certeza si las carcajadas y los perros también existen. Distingo una cabeza gruesa que gesticula a nuestra derecha, es Delicia, la amiga de mamá. Ahora podemos entenderla. Su cara está rodeada del aroma del espanto. Odia nuestros pensamientos rojos y las manos incendiarias ¡Odia! Dice que esto es inmenso. Tiro una caja de música que se abre y mientras se derrite la muñeca, silba tres veces la melodía cada vez más desvencijada ¡Delicia grita! Patricio me mira y a una señal mía, va adentro y trae la mesa de luz que no es demasiado pesada. Los dos la empujamos para que la devoren las llamas fúnebres. Nuestra risa reem-

plaza la vergüenza carbonizada de la fisgona.

–¡Pero qué están haciendo, engendros! Patricio, un balde con agua. No pueden quemar sus cosas así, esto no lo voy a dejar pasar

Agarra la frazada y la tira sobre las llamas para apagarlas, mi grito la petrifica. Me apuro a salvar a la manta de un final inmerecido.

–¿Qué pasó, Marla? ¿Fueron a verla ayer? ¿Acaso pasó para el otro lado?

Silencio. Parece al mismo tiempo indignada y a punto de llorar.

–¡Marla! ¡Contestame o voy a empuñar el látigo! ¿De qué te reís?

Niego lentamente con la cabeza. Contestarle no sería romper con la despedida si no la considero persona.

–Todavía no murió.

–¡Ustedes no tienen corazón! ¡No la merecen! Mañana mismo voy a verla.

Y te aseguro, criatura, que no me voy guardar nada.

–Igual no te va entender, no dice nada.

Patricio habla sin sacarse la mano del bolsillo, me pregunto si quemó la fotografía.

DÍA CUATRO
DESPEDIRSE DE LOS ÚLTIMOS

Mi nariz pegada a los pelos largos y desgreñados. Respiro el fuerte olor a estiércol e inmundicia mientras separo los mechones, buscando. La cabra se mueve, molesta. Al desparasitarla se fastidia más que con ninguna otra cosa. Apenas saco alguna garrapata Patricio le asesta un buen zapatazo. Después de una inspección superficial, le paso un trapo humedecido en vinagre. Ellas se desprenden solas, borrachas por el fermento se entregan a la furia de los zapatos de Patricio. Antes no hacíamos el primer paso, preferíamos la salvaja-

da del vinagre. Pero una vez, las garrapatas eran tantas que no alcanzamos a exterminarlas todas. Desgajarlas de nuestros cuerpos fue una experiencia incómoda que no quisiéramos repetir. Patricio tuvo una habitando el espacio entre la uña y la carne en el dedo gordo del pie izquierdo. Fue difícil decidirse a tirar.

La puerta se estremece dos veces por golpes cortos, vehementes. Me pongo el sobretodo y abro.

–Hola, ¿dónde te dejo los fardos?

–En el establo, te acompaño. Patricio, barré los cadáveres.

Jorge gruñe a modo de asentimiento, tiene dos fardos de pasto prensado en sus brazos. Envuelvo a la cabra en una manta, la palmeo y enseguida se pone en marcha. El olor a pasto estimula sus glándulas salivales: deja un rastro visible en la nieve. Jorge va unos

pasos adelante. Deposita los fardos y la cabra se acerca bamboleando su cabeza madura. Se la escucha masticar rítmicamente soltando de vez en cuando un bufido de placer. La carretilla de estiércol está apoyada contra la pared interna del establo. Jorge la toma y se la lleva al camión. Vuelve silbando fuerte y mal.

–Les traje algo.

Saca un conejo de atrás de su espalda sonriendo satisfecho. Patricio se lo quita de las manos y juega a abrirle y cerrarle los ojos. Una uña se clava en uno de ellos: queda una marca roja en forma de medialuna, me la enseña encantado. En un instante Jorge tiene armado el fuego y hace señas a Patricio para que le alcance la presa. El niño se acuclilla a su lado. Un palito asoma de una oreja del animal.

–Mirá cómo lo preparo.

–No importa, lo hacemos después. Gracias.

Con un movimiento rápido de su cuchillo Jorge hace un pequeño tajo en el lomo. Lo observo con odio, invitándolo a esfumarse, pero él tiene los ojos en Patricio. Le pide que ponga sus dedos en el interior y haga fuerza mientras él tira del otro lado. La piel se desprende fácilmente, como si le estuvieran sacando un suéter a un niño pequeño. Al llegar a las patas vuelve a usar el cuchillo para cortar las mangas delanteras y traseras. Jorge tira más fuerte hacia arriba. Parece un suéter de cuello redondo muy apretado: el niño se asfixia un poco cuando intenta pasarlo por la cabeza, y al final lloriquea porque tiene la cara roja, rasposa. Jorge hace otros cortes en la zona de los ojos y las orejas donde está más adherida la carne. Arranca de cuajo los dientes.

La cabeza pelada se asemeja a la de un recién nacido sin mandíbula, de ojos desorbitados. Comienza a caer una llovizna fría y lenta que hace chisporrotear el fuego. Corta la cola, se la pasa a Patricio por la mejilla para que aprecie su suavidad. Jorge parece deleitarse con esa acción. Compone una estúpida mueca de placer e inserta la punta del cuchillo en el ano del roedor, traza una línea vertical que termina de abrir con los dedos.

Me pide una cacerola, contengo las ganas de escupirlo. Vacía los órganos, y ordena que los cueza despacito. Patricio, pincha su tenedor en el hígado, se lo mete en la boca y lo aplasta con demasiada viveza contra el paladar: un chorro de sangre y saliva escapa salpicando su campera. Jorge le da un coscorrón que lo empuja de cara al suelo. Aprieto los puños. El niño se en-

dereza lacrimoso, con el labio partido. Impasible, Jorge se arrodilla para atar las patas del conejo a dos palos que clava en el suelo.

–Está listo en un santiamén.

–Andate.

Patricio tose un poco más de sangre, esta vez propia. Escupe un diente.

–Como si fuera a regalarles un conejo asado entero. Sepan que me tocan los muslos y el lomo.

Agarro una piedra a mis pies y la arrojo contra él. Jorge deja caer la mandíbula con aire imbécil. Siente la sustancia espesa deslizarse por su cara sin entender. Arrojo otra y otra más. Amaga un gesto de protesta, mientras los proyectiles continúan golpeándolo. Patricio aún tiene el tenedor en la mano. Se pone en pie y lo hunde en la oreja del agresor, que está justo a su altura. Se escucha un ruido quebrado. Jorge

se desploma hacia atrás en la nieve. El olor a grasa quemada del conejo se condensa en cada uno de nuestros poros al descubierto formando gotitas. Puedo ver algunas dejar caminos grasientos sobre la piel tiesa de Jorge. Me acerco y espero a ver si se levanta. Nada sucede. Traigo la pala y Patricio me ayuda con las manos a taparlo: una capa de nieve blanda lo hace desaparecer.

–¿Así es también como se quedó el tío? ¿tapado por la nieve?

–No. Mañana te voy a llevar a ver, ya sos grande.

Acompañamos el puchero aguachento de menudos con tiras de carne asada. Comemos con cuchara.

Noche

Un hilo se desprende de la manta del niño atravesándole la cara. Que-

da dividida en dos partes dormidas, la de abajo está abierta. Una araña podría deslizarse en su interior en un parpadeo, y pasear sus patas entre las cavidades dentales o clavar sus pinzas en la lengua rosada e inerte. Aunque lo más probable es que un abundante flujo de saliva le impidiera salir. Y las arañas no son tontas. Las sombras errantes de la vela dibujan demonios sobre el papel. Soplo.

DÍA TRES
DESPEDIRSE DEL TÍO EDUARDO

Un alambrado rodea cincuenta y dos cruces de madera despintada, roídas por el viento y los bichos. Pasamos por debajo. Cierro los ojos ante una ráfaga de frío. Patricio apoya la cara sobre una cruz inclinada, y la retira enseguida: le deja la mejilla astillada. Los perros se comprimen contra la pared de la iglesia en busca de calor, fieles acólitos de un sol estatua que las nubes descubren de a ratos. Patricio los llama, quiere hundir los dedos en su pelaje, menos ralo que el de la cabra. Lo dejo chiflar a gusto entre babas mientras busco la tumba del tío Eduardo. Nunca

supe exactamente cuál es la suya, pero las otras veces que estuve acá le otorgué ese honor a una en la segunda fila desde la izquierda, mirando a la iglesia. Me acerco a esa misma. El niño debe conocer cada raíz de los dolores de su existencia, es necesario para que aprenda a sortearlos, necesario para el Día Final.

–Patricio, acá está.

–¿Bajo la cruz? ¿Parado?

–Acostado.

–Mirá. "Facundo De la Fuente"

Patricio lee en voz alta la inscripción en lápiz de la cruz de al lado. Resulta casi ilegible, la humedad amenaza con absorberla. A veces confunde las palabras y las formas, es natural.

–Ese es otro. Abajo son muchos: cráneo contra cráneo. Aunque caváramos no podríamos estar seguros de dónde termina el tío y dónde es podredumbre de otro.

–Ah, ¿cuándo empezó a pudrirse?

–Creo que siempre estuvo así, sólo que un día decidió que lo enterraran y obligó a los gusanos a comer su carne descompuesta.

En este momento lo mastican convirtiéndolo en tierra. Al morirse sólo nos forzó a considerarlo imprescindible, porque ahora él es tierra con gusanos y la tierra resulta imprescindible.

–¿No fue culpa de los cuises?

Hay pueblos en los que la inmolación crece junto al ostracismo. Tanta superstición los inclina a la práctica absurda de ofrecer una cortesía en reconocimiento a un ser superior. Esta práctica no es inocente, cuenta con un juego que los entretendrá durante meses: el parentesco con el sacrificado y sus consanguíneos a la deriva.

–Los cuises le corroyeron los nervios. Pero aún sin los cuises no hubiera du-

rado mucho. En cualquier caso, él quiso colgarse en la plaza del pueblo en medio de la nevada. Porque, ¿qué trastorna más a los niños y a los pájaros?

–Los despojos.

–¿Y por qué razón?

–Los pájaros engordan más de la cuenta y los niños no tienen sueño.

–Precisamente.

La repetición logra limitar las explicaciones, así Patricio no va más allá: los niños suelen perder semanas de sueño, escuchando el pesado caminar de las aves sobre sus cabezas, percibiendo el sonido atorado de sus tráqueas ante un bocado demasiado grande. Y cuando los pájaros, indigestos de tanto tragar, regurgitan algunos pedazos, el niño que los observa no puede menos que imitarlos al ver el ojo del muerto devolverle la mirada desde un vómito de pájaro. La tormenta fue larga, y

tardaron siete días en descolgar al tío Eduardo. Muchos pájaros más que de costumbre sobrevivieron el invierno.

–Patricio, vos sabés que el tío propagaba la Palabra, ¿no? Y se ocupó muy bien de enseñármela, llevándome con él a pregonar, explicando y ayudándome a memorizar pasajes de su saber. Lo mismo que hago yo ahora con vos. ¿Patricio?

–Saltando atiendo mejor, seguí.

–Bien, no te caigas en las cárcavas. Hay algo que no te conté, él fue muy claro en que una vez aprendida, la Palabra mutaría sola en mí, creciendo como una planta de raíces gordas, nutrida por mi propia existencia ¿Patricio, estás escuchando?

–Mmm.

–¿Qué pasa?

–Es que a veces no entiendo casi nada.

–¿Cómo casi nada? Decime qué no entendés y lo repetimos juntos.

–Lo de la palabra, ¿qué palabra era?

–¡Qué palabra no, Patricio! Es *la* palabra, *la* palabra. Venimos hablando de esto casi sin parar desde hace meses.

–Puedo decir la parte de los pájaros y los niños muy bien y terriblemente rápido, ¿viste qué bien y qué rápido?

–Sí, sí, muy bien, ¡pero ahora estamos en otra cosa! Es importante que vos entiendas la Palabra, porque hay que divulgarla. Las cosas sin nombre dejan de existir y mueren. ¿Vos querés que la palabra muera, Patricio?, ¿eso querés? Fijate que no hay palabra para la cebolla que vivió tres inviernos sin picarse ni brotar, ni para la mirada precautoria de una lechuza que te señala su cueva en la noche cerrada, ni para el soplido de un viejo asqueroso que te mira pasar, ni para el hombre que

mete pinceles en las orejas de los niños para que crezcan artistas. Eso hace a las cosas casi inexistentes. Al no tener palabra, la gente vive desconociéndolas, Patricio, sin creer en ellas. ¡La Palabra no puede morir! Y por eso, hay que propagarla. Aunque sea de a uno. ¿Entendés?

Patricio se acuclilla, me mira desde abajo, jadeante. Indico la zona de sol con la cabeza. Nos hacemos un lugar entre los perros que ceden, mansos. El niño sin poder contenerse le arranca un puñado de pelos a uno. El perro estornuda, parece viejo.

–A ver, repetí lo que te dije.

–La Palabra ¡no puede morir! Y las cebollas y los artistas tampoco deberían aunque no se portan demasiado bien.

–¡No! No es así, Patricio. Repetí: Con una base inmutable que esté en cons-

tante desarrollo a la vez, la Palabra no tendrá fin.

–No te enojes, pero es que no entiendo todo, ¿qué era inmutable?

–Bueno, ¿sabés qué? No es tan importante que entiendas ahora, ¿te creés que yo entendía todo lo que decía el tío? No, pero igual lo escuchaba. Pensá que la repetición es como un huevito. Un huevito que hace nido en tu cabeza y si lo empollás y lo cuidás, en poquísimo tiempo va a nacerte un pajarito propio, hijo de la Palabra, ¿comprendés, Patricio? ¡Un pajarito propio!

–¿Y va a picotear para salir del huevo?, ¿voy a verlo pasar adentro mío como las lombrices que tuvo en la pierna la vecina, que se las veía circular?

–No, Patricio, ¿podés estar más atento? ¡Es una comparación! El pájaro es como las ideas. Hacé un esfuerzo por escuchar y atrapar algo de lo que digo.

Patricio dibuja rayas en la tierra con un palito. Las nubes se espesan, una luz húmeda suple al sol.

–Volvamos al tío Eduardo. Él se dio cuenta que para que una planta crezca sin tapujos hay que cortar los árboles altos que impiden la llegada de la luz a sus brotes.

–Así que el tío quiso hacerse leñador.

–De alguna manera, sí. La cuestión es que empezó a deteriorarse a ojos vista: se perdía por las calles del pueblo, le cerraban muchas puertas en la cara, tosía con más frecuencia, pasaba días sin comer. Y no sólo el tío Eduardo perdía fuerzas, también la Palabra, su propagación. Nadie quiere escuchar a un enfermo, por eso los encierran.

Patricio bosteza. Quiero estar en casa antes de que se vaya toda la luz. Nos ponemos de pie. La tierra barrosa se introdujo entre las líneas verticales que

tienen los pantalones de Patricio. Ahora parecen rayados en marrón y negro. Intento sacarla con el palito. Fracaso.

–Estoy cansado. Sigamos mañana.

–¡Patricio! No se puede estar cansado. Callate y punto. La Palabra es muy fuerte. La lucha contra los cuises fue crucial para advertir la causa de su enfermedad. Se remontaba al comienzo de mi formación, cuando el Tío Eduardo decidió que el sistema de transferencia discipular era necesario para la perpetuidad de la Palabra, y su aumento y mutación permanentes.

–Mutación, ción, ción. Perpetuidad, dad, dad. Ción-dad, ciu-dad.

–Dejá de cantar.

–¿Por qué no puedo cantar?, ¿no dijiste que meta palabras en mi cabeza sin importar cómo? Muta, muta, muta, ción.

–No podés hacer eso, Patricio. No

podés y te callás. Cómo creés que va entrar algo si cuando cantás lo que se te escapa es justamente el significado, con ese canto idiota le sacás la pizca de sentido que podía llegar a tener para tu cerebrito de polilla. ¡Es el contexto lo que le da sentido! ¡Dejá de aislar las palabras como una cotorra doméstica!

–La cotorra serás vos.

–¡Él vio en mí su salvación, sin darse cuenta al principio, que la decisión implicaba deshacerse de sí mismo! ¡Cada gota de conocimiento que el tío vertía en mí, secaba un tanto su mente! ¡Y tu mente está seca de nacimiento!

–Ni siquiera sos mi mamá para decirme lo que tengo que hacer y retarme.

Regresamos. Ya de lejos, oímos los balidos de la cabra hambrienta. Terminó con los pastos, pero aún queda

algo de avena. Esquivamos un montón de nieve un poco más alto. La casa se oculta en la sombra, impermeable a la luz azul de la luna. Entro y me siento a la mesa. Me acerco las herramientas de escritura, lápiz y papel de carta. Veo pasar a Patricio por la ventanita de la cocina. Está dando la vuelta a la casa. Lo veo pasar tres veces, luego entra frotándose el pecho.

–Patricio, escribí "Mamá".

Me mira desafiante, le echa una mirada larga al papel de carta y me lo arranca de las manos. Obedece. Su letra infantil me da nauseas.

–Muy bien. Dámelo.

Me lo entrega con reticencia, espera un discurso o una palmada. Lo meto en el sobre. Agarrando a Patricio de la mano lo llevo al establo. Extiendo el sobre hacia delante, la cabra se arrima, emite un vagido voraz, y mastica. Pa-

tricio se muerde los labios cuando la saliva grumosa lo salpica.

Noche

"Una lucha intensa e inútil. Los habitantes perdidos ya no escuchan, no pueden oír otra cosa que los chillidos salvajes que dominan sus casas y sus cultivos. Hoy escupieron a Marla en la coronilla, los muy bárbaros, enemigos del espíritu. Creo que la confundieron con un cuis. Se nota la locura en sus ojos hundidos, en sus rostros chupados, enfermizos. Abren la puerta esperando ahí mismo la aparición de una divinidad o la muerte que los salve del martirio, y al vernos se enfurecen y nos mandan a colaborar o a la hoguera. Es como predicar en el desierto. Incluso los más adeptos a la Palabra, los que antes carcajeaban soltando de

vez en cuando unas monedas, ahora nos vuelven la espalda para mirar de frente a sus abyectos cuises, a su abyecta plaga. Ni siquiera mi hermana me escucha ya, vuelve cansada dice, y su cuerpo demuestra una violencia brutal, claros indicios de un espíritu en crisis, vuelve cansada para encontrar su casa llena de ratas, dice, y cuando lo dice no mira a los cuises. Estoy empezando a desesperar, dominado por una invasión de seres inferiores, estúpidos, que parece estirarse, infinita. Siento la sombra de la duda en la mirada de la discípula que no puedo perdonarme, después de una instrucción tan metódica y perfecta, el propio maestro, en la decadencia más absoluta, incitándola a la duda, y justamente por esa decadencia. Por haber conducido el desarrollo de un pueblo hacia la pérdida integral de espíritu, hacia

la perversión más absoluta, hacia las mismas puertas del abismo espiritual. El maestro, testigo expreso de la pérfida transformación de las gentes, de sus movimientos cada vez más nerviosos, más frenéticos, como ratas en trampas de jardín, del sutil alargamiento de sus incisivos, del empequeñecimiento evidente de sus mentes. Ya sin espíritu ni intención, aniquilando los restos a cada huella de cuis. Todo frente a la discípula. Es claro que ya podría ocuparse de la Palabra, ella sabría mejor. Su cuerpo no fue mutilado aún por la desesperación ante el martirio de los otros. Ella podría mirarlos sin pestañear, dejar perecer a los deformados y concentrarse en los que aún tienen una posibilidad, aunque sea uno sólo."

DÍA DOS
DESPEDIRSE DE LAS FIERAS

Las mantas me cubren hasta el mentón. En la habitación entra apenas un hilo de luz helada. Es temprano y no quiero moverme todavía. El revoltijo de papeles de anoche dejó en mis manos la sensación de machacar basura. No encontré hojas que expliquen los últimos días. Las páginas finales de los apuntes de tío Eduardo tienen copiada, en todos los márgenes, la lista de desprendimientos. El resto resulta ilegible, con excepción de algunas palabras sueltas: “mi”, “muro humano”, “se ocasiona el choque”, “pesar”, “aborrezco cuando”,

que me hacen suponer un monólogo de quejas individuales contra el mundo, de los que acostumbraba a largar cuando pasaba por su melancolía, y que nada tienen que ver con la Palabra. Flaqueó en la etapa concluyente: dejó sus miedos por escrito, la marca de su espanto, para que nosotros, sus predecesores, tengamos constancia de su miseria. Colgó su cuerpo a la vista de todos como prueba tangible de su convicción, pero me dejó a mí, a la discípula, la evidencia de su discrepancia, de sus dudas, de su humanidad raquítica.

Me doy cuenta de que tengo un dedo del pie atorado en un agujero de la media. Es el dedo gordo. Empiezo a mover los otros tratando de acomodarlo, imagino la sangre acumularse en la parte de atrás de la uña, golpeando enfurecida. Quizás deba ingeniar otra

manera en que la Palabra se pueda tocar o ver, como la deglución de anoche. Así será más fácil para Patricio, después de todo es chiquito. Una piedra hundiéndose en el agua podría significar la propagación, las ondas en la superficie, sus repercusiones. Además es niño y ellos no tienen tanta facilidad con los sonidos que significan cosas como las niñas. Les gustan más los ruidos. El hielo cubre los charcos, quebrarlo con una piedra sería la fuerza de la Palabra y un ruido, luego se verían la propagación y las repercusiones. Las aguas son un pueblo plácido asentado en la costumbre, en el ostracismo. Las estaciones son el paso del tiempo, y el pueblo sufre los cambios, domesticado. No sabe transformarse a voluntad. Pero, de no romperse el hielo y no penetrar la piedra, sería el fracaso de la Palabra. Tengo que probarlo antes.

La metáfora ideal no puede malograrse. Sacudo la cabeza con decisión. Me quedo quieta, atenta. Falta algo en la habitación. En un movimiento brusco, corro las mantas y meto los pies en los zapatos.

Se ven tres hileras de huellas rodeando la casa dura, como una piedra. Son las que hizo Patricio ayer para demostrar su enojo. Agarro un guijarro del suelo. Me alejo una veintena de pasos del balde y tiro hacia el interior. Escucho los ruidos superpuestos de cuando toca la superficie del agua y cuando llega al fondo del balde. Me acerco para comprobar la magnitud de las ondas, pero en vez de la proyección perfecta de círculos concéntricos veo una agitación absurda que mueve toda el agua de un lado al otro. Hundo la mano en el agua y recupero la piedra. Tengo los dedos violetas y rígidos, meto un pu-

ñado de nieve. La veo flotar en la superficie pero no forma una capa dura que pueda quebrarse y sonar. Quizás si la dejo reposar algunas horas a la intemperie. Corro hacia la casa, temblando. Pongo agua a hervir.

–Patricio, ya hice el té.

Tengo que entrar a la cabra o se va a congelar. No escucho la respiración pausada que suele llegar desde el cuarto. Me acerco a su cama, hay un nido de frazadas vacío. ¿Hace cuánto se levantó? La pava chifla, la saco del fuego.

–Patricio, vení, que el té se enfría.

Miro por la ventana, desde dentro no se ve el espiral de huellas, la superficie blanca se extiende en todas direcciones. Debe haber nevado durante la noche. Me pongo el sobretodo y traigo a la cabra al trote. Paso el agua al termo. Me sirvo una taza con saquito

–¿Dónde estás? No es gracioso.

Me quedo quieta esperando respuesta. No hay mucho lugar donde esconderse. Abro la puerta del baño, me fijo bajo la cama, detrás de la cortina vieja, sólo polvo y aire frío. Carajo. Salgo. No hay huellas que se alejen de la casa. Sin pensar, empiezo a caminar hacia la escuela, un sitio de lo más repulsivo donde puede haber elegido ocultarse. Tan cerca del desenlace Patricio pierde la cabeza. El discípulo pierde la cabeza, y huye con el cráneo repleto de serrín. Un poco de nieve se desliza por la parte superior de una de mis botas. Siento al pie estremecerse. Despedirse de las fieras, un día importante. Pensar en la deserción hace que me hierva la sangre, tanto que casi no siento el frío. La deserción habla de la desconfianza más inmensa, de una apabullante incomprensión. Es el producto de una serie infinita de fallas. La escuela está cerrada con candado. ¿Es domingo?

Por la ruta ya ha pasado la máquina barredora. Patricio es el cordón enroscado en el cuello de la Palabra que impide la plena circulación de la sangre. Pero es más que eso. Busco un bulto informe sobre el asfalto. Es el pulmón que iba a comenzar a respirar aire sólo, pero debido a una anomalía genética o al miedo, colapsa antes de emerger. Salto el montículo barroso del costado de la ruta y comienzo a caminar alejándome de la escuela. Todo el proceso de gestación aniquilado. La Palabra nuevamente al pie del precipicio.

Advierto que llegué a la estación de servicio. No hay nadie en el playón. Veo algunas siluetas acurrucadas en el almacén de atrás. Una con gorro de lana me hace señas para que me acerque. No debería romper el silencio, ya me despedí. Me quedo en el lugar balanceándome de lado a lado. La si-

lueta camina, irritada, hasta la puerta y se asoma. Sólo alcanzo a ver entre el gorro de lana y la bufanda un trozo de cara áspera, enrojecida por el frío.

–Si buscás a tu hermano, se fue con Don Ramírez hace rato.

Asiento tres veces para mostrar que entendí, y vuelvo sobre mis pasos. Concentro la atención en mantener una marcha pareja sobre la doble línea amarilla del asfalto. Cada cinco pasos, doy uno más fuerte. Camino así hasta que llego a la casa. Recién cuando cierro la puerta detrás de mí, acercándome a poner la pava al fuego caigo en la cuenta de la encrucijada. O decido enderezar y reformar al desertor en el brevísimo lapso de dos días, haciendo un esfuerzo sobrehumano para ello, con el agravante de no saber si tal transformación es realizable, o bien sigo adelante, a sabiendas de que

significaría colocar las esperanzas en una futura reencarnación de la Palabra, como el tío Eduardo afirmaba que sucede, en maestros más aptos, y por tanto desentenderme de todo tipo de responsabilidad, entrando en el vacío: como alguien sin rumbo ni propósitos que resuelve correrse del camino porque estorba y nada más. Oigo el retumbar del horno generando calor. Dejo la mirada fija en las llamitas de la hornalla. Durante un minuto, la sensación contradictoria de pérdida y alegría parecen simultáneas, como si el calor de la liberación sin poder penetrar en los tejidos contraídos, resbalara por una superficie helada de compromiso. ¿Tengo que educarlo de nuevo en el respeto a la Palabra y su deber para con ella o sólo retarlo por su desavenencia y esperar a que, sonriente, vuelva a adecuarse a un régimen que

no le gusta ni entiende? Que la oratoria me perfore los dientes.

Buscarlo ahora sería demasiado comprometedor, me vería obligada a explicar su huida, a hablar. El viejo debe mantenerse al margen, esto no le concierne en absoluto. Anda embrutecido, cree que puede llevárselo a su casa, y ser padrino y confidente del desertor, ¡tener el descaro de llevárselo a su casa! Aunque, quizás el niño haya mantenido la boca cerrada y entonces todo sería más fácil. Arrancarle las orejas de un tirón no ayudaría. Agarro el lápiz, papel de carta y escribo:

"Señor, gracias por ocuparse de mi hermano, pasaré a recogerlo en breve. Por motivos que me reservo no hablaré con usted durante la visita. Espero pueda respetar esta disposición, cualquier intento de sonsacarme una palabra será en vano. Dígale a Patricio

que me espere con los zapatos puestos. Gracias. Marla.”

Coloco la taza sucia en la pileta y sacudo el mantel, esperando que caigan algunas migas a pesar de que no he comido. Lo doblo en cuatro. Cuando me inclino hacia delante para agarrar mi sobretodo, intercepto durante una fracción de segundo la luz que entra por la ventana dejando la habitación fugazmente a oscuras. La hornalla proyecta un halo anormal. Lo juzgo peligroso y cierro el fuego. Me pongo el sobretodo.

El camino se hace largo, la nieve golpea mis mejillas. Una columna de humo asciende de la casa, me imagino al viejo frotándose las manos junto a la salamandra. Cierro los ojos y acelero el paso hasta sentir el choque de mis dedos fosilizados contra el escalón de la galería. Dejo la nota debajo de la

puerta y espero. Escucho pasos. Alcanzará con unos minutos. Me empiezo a sacudir de frío. Repito: dos golpes rápidos en la puerta, la entrega del niño, una inclinación de cabeza a modo de agradecimiento, la mano sujetando su nuca durante el regreso, y la reprimenda y reiniciación una vez en casa. Los últimos dejos de complicidad. Golpeo dos veces.

–Pasá, nena, que te vas a quedar dura. ¿Por qué aparecés ahora?, ¿no te diste cuenta que te falta desde la mañana?

Entro, desconcertada, ¿es que acaso pretende una respuesta o me está poniendo a prueba? Tuvo tiempo más que suficiente para leer la nota. Patricio está en la mecedora con una frazada sobre los hombros, cebando mate. Tiene puestas unas medias de lana, demasiado grandes, la punta se dobla hacia abajo y

las pisa con el talón. Busco los zapatos, pero no se encuentran a la vista.

–No me quiero ir.

No sé si hablarle a Patricio enfrente del viejo, puede dar lugar a malentendidos. Le aprieto la mano con firmeza, pero la tiene resbaladiza, y cuando el viejo se acomoda en su silla, se escurre y le lleva un mate. El hombre chupa despacito, siguiendo mis movimientos con la mirada.

–Vos, querida, tenés la costumbre y no la experiencia de la desgracia. Fijate nomás, acá, este nene dice que hace días que no va la escuela. Es gracioso, casi. Tejés complicaciones más rápido que las viejas.

Larga una risa seca, le extiende el mate a Patricio que se apura en agarrarlo y cebarse uno para él. Comienza a rascarse un ojo y las lagañas caen como por un despeñadero.

–Así que hiciste voto de silencio. Me parece perfecto, hay días en que no hay manera de cerrarte la boca. Agarrá una galletita.

Patricio le acerca otro mate y sale por la puerta de la cocina. El olor a comida me hace saltar el estómago en una contorsión desmedida. Patricio vuelve con un paquete de galletitas de agua que deja sobre la mesa. Se da vuelta para mirar al viejo. Sin poder contenerme agarro una y la trago casi sin masticar, y enseguida me sirvo otra. La segunda la aplasto contra el paladar para obligarme a generar abundante saliva, despegarla y saborearla de a poquito. Siento la mirada del viejo clavada en mí.

–¿Estás con hambre, nena? Por qué no vas poniendo la mesa que ya va estar el guiso.

Me quedo quieta, me gruñe el estó-

mago y el viejo vuelve a reírse. Patricio sonríe, tiene la bombilla apretada entre los dientes. Después de todo, el tío Eduardo decía que la comida es sagrada. Voy a la cocina y agarro los cubiertos de una lata vacía. Veo bullir un abundante guiso de riñones, papas, cebollas y zanahorias. Me inclino sobre la olla y dejo que mi cara se impregne de los vapores que se elevan. No puedo contenerme, hundo una cuchara, pesco una papa y me la llevo a la boca. Está tan caliente que la escupo de nuevo al interior. Me doy vuelta para averiguar si alguien me vio y vislumbro a Patricio salir corriendo para irle con el cuento al viejo, que estalla carcajadas. Con la cara roja, llevo las cucharas y los vasos.

–Bueno, *sientensé*.

El viejo sirve en platos profundos. Patricio espera el suyo golpeando los

cubiertos contra la mesa y aullando. Apenas coloca el plato frente a mí, me olvido de cualquier cortesía y como hasta acabarlo. Cuando levanto la vista el viejo me mira satisfecho, mientras sopla suavecito su primera cucharada. Patricio tiene la cara manchada de naranja, le chorrean hilitos de líquido aceitoso de las comisuras. Me doy cuenta que a mí también.

–Entiendo que estuviste leyendo los papeles de Eduardito.

El viejo se mete la cuchara en la boca. Lanzo a Patricio una mirada de rencor y digo por lo bajo:

–¿Qué estuviste contando?

–Yo no dije nada –contesta volviendo la cara hacia el viejo.

–Hace mucho que no se habla de Eduardito por acá –sigue el viejo, ajeno– qué mirón era ese pibe. Me acuerdo cuando empezó a meterse

con Encarnación. Andaba pegándole tarascones como perro a vaca muerta. Esa mujer no rajaba la tierra pero tenía lo suyo... Había que verlo cuando se unió a los de sotana esos, sólo para impresionarla. Al poco tiempo ella lo llevaba de acá para allá perorateando la cantilena, y Eduardito hacia lo mejor que podía, el pobre no tenía mucha memoria. A veces se olvidaba la mitad del discurso, se ponía rojo como un ají e inventaba tanto que no le alcanzaba el buche. Después lo contaba a voces en la cantina, donde se gastaba todo lo que recolectaba, mitad avergonzado, mitad orgulloso, el muy pasmado. Salían en la camionetita roja del padre de ella. Acá los teníamos calados, fijate que tenían que alejarse trescientos kilómetros para que alguien les diera la hora, una risa. Eran cinco o seis los que empezaron con el croqui croqui

y no había cómo ponerles freno. Yo si Eduardito me venía ensotanado ¡ZAS! le cerraba la puerta en la cara, me importaba tres carajos que estuviera invitado a comer.

Arrugo la frente y junto las cejas, esto es demasiado. El lema “El ascenso será comunión” se me traba en la garganta, no se supone que hable. La risa rasposa me violenta, es un insulto a la memoria del tío Eduardo. Quisiera soltar un discurso panegírico para cerrarle el hocico y equilibrar los efectos que esta sarta de paparruchadas está teniendo sobre Patricio. Enrosco la lengua, mi cara se deforma en una mueca.

–Sin embargo, con las mujeres era otro cantar, lo escuchaban. Podía meterles cuento por donde fuera. Y en una de esas fue que lo deschavaron: tirándole los galgos a aquella atorranta, Delicia. El barco se le fue a pique:

se enteró el que la cortejaba, un loco peligroso, y así Eduardito anduvo algún tiempo cuidándose las espaldas, desconfiando hasta de su sombra. Pero no pudo aguantarse mucho, al primer día festivo, se apareció por la cantina más borracho que una cuba y ahí, nomás, recibió una puñalada. Cuando terminó con él, el hombre lo colgó en el centro mismo de la plaza para que se lo comieran los chimangos. Tuvo que hacerlo con su propio cinturón, porque Eduardito andaba tan deshonrado y harapiento por esos días que no llevaba. Quedo un tiempo ahí, ni su hermana, tu madre, se animaba a descolgarlo por miedo a que el loco se le fuera al cuello. Después las cosas se calmaron, nadie se acuerda de eso ahora. Delicia se hizo puta, y ese loco, director de escuela. Una risa.

Siento los oídos profanados, a falta

de una membrana que los cierre, aprieto los ojos. El viejo habla barbaridades. Es la peor clase de rata que puede encontrarse, incluyendo a los cuises, ¡cómo me costó verlo! Por el frenesí de la muerte que ya puede ver acercarse, el viejo bobo se asusta y se aferra a sus ironías, en un intento pávido de recuperar la viveza de la juventud. Detesta a quien tuvo una vida lúcida y concurrida, quiere despojarlo de toda su gloria. Reparte su farsa gastada, llena de veneno, y clava su lengua en todo aquél que sea lo suficientemente estúpido como para escucharlo. Como los niños, los niños quedan corrompidos.

–¡Callate, viejo víbora! ¡Patricio, no lo oigas! Hay que irse.

El viejo me mira con una mezcla de asombro y diversión. Acaba cada frase con una sonrisa, es casi abusivo.

–¿Así que no perdiste la lengua, que-

rida? Qué alegrón. Haceme el favor de asomarte a la ventana.

Por un momento pienso en desobedecer su indicación. Lo miro desafiante, mientras él aplasta unas migas con el índice y el pulgar. La curiosidad me puede, doy tres pasos y corro la cortina: la nieve cubre hasta la mitad del vidrio.

Noche

El viejo nos tiene encerrados como liebre en casa de trampero. ¿Duerme? Puedo agarrar a Patricio ahora y salir, si deja de nevar quizás lleguemos a casa. La cabra debería subsistir hasta el Día Final. Me imagino caminando con la nieve a la cintura tirando de una arveja de la que apenas asoma la coronilla.

Cómo puede ser tan insolente de in-

ventar de esa manera, ¡y mezclar sus artificios con verdades para confundirnos! Porque yo sé que él iba en una camioneta prestada, pero los creyentes donaban sus bienes más sustanciales por la causa. Es obvio que Encarnación era una practicante bondadosa, el viejo nunca entendió nada. Además, era virgen, eso dejan entrever claramente sus escritos. Nunca tuvo nada que ver con Delicia, la impura. Por el tamaño de esta cama se puede pensar del viejo exactamente lo contrario. Es evidente que Eduardito, quiero decir el tío Eduardo ¡cómo lo descalifica con ese estúpido diminutivo! jamás salía de noche, ¡si son las horas de repaso y planificación de la jornada! Bueno, quizás salía a veces, pero no a emborracharse, si iba a la cantina era porque allí se reúne una muchedumbre importante de posibles acólitos.

Hemos perdido un día entero. Cada paso es esencial y dilapidamos tiempo precioso. Sólo nos queda mañana. Día siete: los otros, día seis: la nuestra, día cinco: lo ajeno, día cuatro: los últimos, día tres: tío Eduardo, día dos: las fieras, día uno: el adentro, Día Final: el ascenso. Se cierra el traspaso, el pequeño comprende los hilos sueltos que le faltan y su mente queda madura.

De pronto, me doy cuenta que algo se me clava en la pierna que está contra el colchón. Tengo una tachuela en el bolsillo.

Debemos unir el día dos con el uno. Sí, creo incluso haber oído al tío Eduardo decir que como somos niños, tendríamos que pasar menos tiempo en la intemperie.

En lugar de a los cuises, podemos considerar al viejo como fiera, ya que fue nuestro mayor impedimento. Ade-

más no hay cuises de los que desprenderse, por lo menos no en nuestra despensa vacía.

Quizás si no duermo esta noche la unión entre ambos días se haga más sólida. Puedo sacrificar el sueño, después de todo. Podría pincharme con esta tachuela para mantenerme despierta, nadie puede dormir tranquilo con sangre en los dedos.

Son las doce, Patricio ronca de forma desmedida, sospecho que este fingiendo su bienestar. Dan ganas de patearle las costillas. Se escucha el crujido apagado de huesos en la cocina, el viejo intentando ganarle al insomnio. Bueno, mañana a primera hora lo persuadiré de que ya no podemos seguir abusando de su amabilidad, tenemos responsabilidades que nos aguardan. Espero que Patricio no oponga resistencia. Las historias del viejo son pura fábula y él

no parece haberse percatado. Le pellizco una oreja.

–Patricio, ¿dormís?

–Mmm.

–Tenemos que irnos juntos mañana, ¿sí?

Patricio hunde la cara contra el colchón. Recupero un poco de manta de un tirón. Las mantas son tan amplias como la cama y sin embargo se embrollan en su mitad.

DÍA UNO
DESPEDIRSE DEL ADENTRO

Arriba, nena, vamos.

El olor a yerba caliente entra por mi nariz. El viejo está inclinado sobre la cama sacudiéndome. Veo su boca verdosa e informe modular las palabras. Carajo, me quedé dormida. Patricio ya se levantó, lo escucho silbar no muy lejos. Sólo él hace esos ruidos, mitad bufido.

–Tenemos que irnos, ya estuvimos mucho tiempo molestándolo.

–Estoy de acuerdo. Me tomo unos mates y los acompaño.

El viejo desaparece por el marco de la puerta. ¿Una victoria demasiado

sencilla? En fin, lo complicado vendrá después. Miro por la ventana, ya no nieva. Me pongo los zapatos y me paro, siento un dolor terrible. Apoyada sobre el pie derecho, descubro la tachuela hundida en el talón. Intento sacarla pero no tengo uñas. Salgo caminando despacio sin apoyar el pie herido y veo por el rabillo una sombra agazapada que reprime una sonrisa. Continúo hacia la cocina. La bestia silenciosa sigue mis pasos. Me siento en la silla más cercana. Patricio salta rugiendo desde atrás.

–Me asustaste.

–Los tigres asustan a los distraídos.

–Pasame la pava que no me puedo parar.

–¿Entonces nos quedamos?

El camino está encrespado. Cuando el viejo sacó la tachuela quedó solo un puntito de sangre, pero duele. Patri-

cio me mira con bronca. Avanza entre el viejo y yo, en un intento de que el viento no lo voltee.

Una luz roja titilante rebota contra la nieve y se repite hasta donde estamos nosotros. Es difícil establecer su origen, pero el corazón me empieza a saltar ¿y si viene desde casa? ¿Y si vinieron a buscarme antes y yo no estaba? El tío Eduardo decía que las luces son señales.

Hay una ambulancia desvencijada en la puerta de casa, dos enfermeros nos hacen señas. Están sacando una silla de ruedas con alguien sentado. Extiende sus brazos, quizás esperando que corramos hacia ella. Es nuestra madre. Agarro a Patricio antes de que reaccione. Lucha por soltarse. Lo aprieto tanto que siento temblores, le caen unas lágrimas.

El viejo saluda alegremente:

–Ya me preguntaba yo cuando volveríamos a verte por acá, querida.

Patricio logra soltarse y se aleja unos pasos mirándome, triunfador. De repente, caigo en la cuenta de que todo se acabó, no nos dejarán seguir, el tío Eduardo, la Palabra, meses de preparación, los siete días de despedidas y desprendimientos: inútiles. Yo y mi hermanito reconvertidos en muñecos risueños, otra vez ensartados como adornos perfectamente prescindibles. No, no puedo permitirlo. Corro hasta el establo. Realizando un esfuerzo sobrehumano alzo a la cabra, que bufa desconcertada. Lanzo una última mirada desafiante e intento treparme al tejado. Resbalo con la escarcha, la cabra cae y al siguiente paso, estoy arriba. Patricio anda cerca porque corrió hacia mí sólo para verme actuar. Quizás la cabra haya caído sobre él. No miro.

–Marla, ¿estás bien?

–Sí, tuve miedo, pero ya se fue.

–¿Y qué hacés en el techo? ¿puedo subir?

–No, vos te quedas ahí.

Veo a Patricio mirando para arriba, la cabra está a un costado con las patas torcidas. Un poco de sangre sale de su cabeza.

–Vení para adentro, pibe, que está tu mamá esperando.

Patricio me lanza una última mirada y sigue al viejo. Está bien: tengo que estar sola para el ascenso.

–Tío Eduardo, compartimos la misma misión, seguí tus indicaciones lo mejor que pude. Ya no soy tu discípula si no tu igual, llevame con vos al ascenso de los puros.

Un gemido brota de la cabra. Me toma desprevenida y casi me caigo. La sangre se expandió por la nieve tiñén-

dola de rosa. Parece una aureola.

–Tío Eduardo, la cabra no está, pero sí su espíritu. Compartimos la misión, seguí tus indicaciones. Llevame con vos.

El viento me cala los huesos. Las orejas de la cabra se mueven con las ráfagas. Ahora es el momento. Ahora. El ascenso será comunión, no se aplazará. Ya no soy su discípula sino su igual, su igual.

Tengo frío.

ACERCA DE MÍ

Nací por descuido una mañana azul de 1995. Crecí rápido, aferrándome a las palabras en busca de madurez, o a la inversa. Y así fui médano. Tuve guerras mansas con mis maestros de soñar rodado, guías extraviados en el pozo de la educación, y guerras sangrientas con los otros, adoctrinadores o pasivos: quise probar que juventud no es sólo receptáculo. Entonces fui diente, tripa y cal. Ahora toco las entrañas al sol de un país-sepulcro, y entiendo que soy parte del rebrote febril de un siglo nuevo. El arte

me da vuelo: recorro lo inmenso de su espalda devorando trozos salobres que me incendian. También tropiezo, es inevitable, con esa giba contráctil, de gusano, que se retuerce encima de todo lo bello, de todo lo noble. Pero hay momentos en que puedo hundirme en ella hasta la médula e investigar su sórdido desván. Así soy fondo, barro y luna. Y aunque a veces me levante con el pie equivocado y escupa o tosa en falso o porque sí, cuando siento que me falta lucidez para enfrentarme al descalabro, una lectura vuelve a conducirme a la frontera del miedo.

ARTE DE TAPA

Julio Hilger

Sin título. 29 x 15 x 17 cms. Arcilla (cruda). 2012.

Nací en Buenos Aires en 1979. Casi me recibo de arquitecto en la FADU pero finalmente me gradué en el Método Silva Internacional. Estudié pintura y la técnica del fresco con Guillermo Roux. Participé en clínicas de análisis de obra con Tulio de Sagastizábal y Silvia Gurfein y en los talleres del Programa de Artistas de la UTDT con Mónica Girón y Eduardo Stupía.

Mis proyectos *Las casas de madera son*

prácticas cuando envejecen, *Contenedores para el mundo*, *Autorretratos*, *Lecciones de guitarra con Yngwie Malmsteen* y otros, fueron exhibidos en el LXIV Salón Nacional de Rosario, Galería Appetite, Fundación Bank Boston, Isidro Miranda, Mite y Fiebre Galería.

La **Exposición de la actual narrativa rioplatense** fue, entre 2013 y 2014, una colección de libros de bolsillo, coeditada por El 8vo. loco ediciones, Milena Caserola y Alto Pogo. Proyecto libre y autogestivo, llegó a sumar cuarenta títulos originales que circularon de mano en mano y de boca en boca, sin isbn ni institucionalización alguna.

A partir de 2016, sus títulos vuelven al ruedo, de la mano de El 8vo. loco, sello abocado a salvaguardar el espíritu del proyecto original.

Todos los títulos de la **Expo** pueden ser leídos y descargados de manera gratuita de la *web* de la editorial.